

# ***El derrumbe del peronismo y la política económica del gobierno militar***

**Abalo, Carlos**

---

**Carlos Abalo:** Economista argentino, investigador del Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES).

---

## ***1. El Poder Terrateniente y la Renta Agraria***

La Argentina tuvo fama de ser, durante muchos años, "el granero del mundo". Ese prestigio se asentaba en el hecho de que el país era, a fines del primer cuarto de siglo, el mayor exportador mundial de maíz, trigo y carne vacuna. Los terratenientes del litoral pampeano se constituyeron, a partir de la organización constitucional, en el más poderoso sector de la burguesía nacional, que se caracterizaba por disponer de fácil acceso, en condiciones de plena competitividad, al mercado mundial de alimentos. La explotación capitalista de la tierra, bajo el predominio de grandes latifundios, hizo que los terratenientes pampeanos disfrutaran de una elevada renta del suelo, originada en las diferencias internacionales de costos, debido a las condiciones especiales del suelo y del clima.

La renta agraria no se originó sólo en la explotación de la fuerza de trabajo local, sino que surgió predominantemente de la diferencia de costos comparativos con respecto a la producción agraria europea. La diferencia de costos entre la producción agraria europea y la argentina permitía reducir, mediante la importación de alimentos argentinos, el valor de la fuerza de trabajo en las manufacturas europeas.

La renta agraria pampeana facilitó el proceso de acumulación del capitalismo europeo y, a la vez, capitalizó a los terratenientes del litoral granero y pecuario argentino y a sus socios. Estos últimos eran los capitales imperialistas radicados en la intermediación comercial y en la explotación de servicios complementarios de la economía agrícola, que de esa forma también participaban en la captación de la renta diferencial originada en los bajos costos de la producción agropecuaria pampeana. Pero, salvo excepciones, los dueños de la tierra no eran los inversores extranjeros, sino los terratenientes argentinos, que de esa manera se vincularon tempranamente y con grandes ventajas al sistema capitalista mundial.

Sin embargo, el desarrollo de la producción agropecuaria pampeana se estancó a partir de la gran depresión mundial de los años 30. La burguesía terrateniente y sus ideólogos, siempre dispuestos a exigir eficiencia y productividad a los obreros cuando se trata de justificar la reducción de los salarios reales, silencian el hecho de que la productividad por hectárea en la agricultura y la ganadería pampeana es entre tres y cuatro veces inferior a la de Estados Unidos y Canadá. Pero, precisamente en esa diferencia de productividad radica el gran negocio de la agricultura pampeana. La tierra es, por lejos, el más importante componente del patrimonio de las empresas agropecuarias de la pampa húmeda. Amparados en la productividad natural de las tierras pampeanas, los terratenientes producen con una muy escasa inversión, es decir, con una baja proporción de insumos y de mejoras incorporadas a la tierra.

La ventaja para los terratenientes argentinos consiste en que, vendiendo su producción al mismo precio que la de otros países exportadores, gracias a las peculiares condiciones naturales de la pampa húmeda, tienen un menor costo en insumos y, por consiguiente, una mayor renta por unidad de producto. Esta modalidad de la producción terrateniente pampeana hace que el volumen de la producción agropecuaria del país y, por lo tanto, el nivel efectivo de sus exportaciones, sea mucho menor que el nivel potencial, con lo que se originan crisis periódicas en el balance de pagos debidas a la insuficiencia de la producción exportable. A la vez, las bajas exportaciones también sirven a los terratenientes para efectuar una política de chantaje destinada a obtener mejores precios internos y un tratamiento cambiario favorable. Sólo cuando lo logran, acceden a incrementar su producción. Por otra parte, la producción extensiva, con baja incorporación de mejoras y con escaso rendimiento por hectárea, da lugar a un producto constituido por componentes industriales escasos y de poco valor agregado. Con mayores rendimientos, el agro pampeano obtendría el doble o el triple de divisas y exportaría, además, un producto integrado por numerosos y complejos componentes industriales, lo que resultaría de indudables beneficios para la expansión de la acumulación interna en la industria. De esa manera, la mayor parte de la renta diferencial pasaría a ser absorbida por la industria y por los asalariados.

El poder económico de los terratenientes pampeanos se asienta, así, sobre la renta diferencial a escala internacional basada en el monopolio de las tierras más aptas del litoral, en la limitación de las exportaciones y en la reducción de las perspectivas de la expansión industrial. Para sostener esa modalidad regresiva de acumulación, los terratenientes necesitan recurrir, además, a periódicas devaluaciones que deprimen el nivel de los salarios reales y coartan el desenvolvimiento industrial.

La burguesía terrateniente alega que el estancamiento de la producción pampeana se debe a que no se le reconocen precios remunerativos o a que, cuando se le reconocen, tienen una vigencia limitada en el tiempo. Aun sin tener en cuenta que la burguesía terrateniente llama "remunerativo" a un nivel de precios relativos que paraliza a la mayor parte de la sociedad y la hunde en el receso, hay que considerar que la vigencia de precios altos durante ciertas etapas de la vida del país no contribuyó para nada a que la burguesía terrateniente modificara substancialmente su producción por hectárea, en comparación con la evolución observada en otros países agropecuarios exportadores. La razón es muy simple: el cultivo extensivo y la limitación de la producción constituyen su modalidad de acumulación más remunerativa. De ahí que la modificación de esa pauta de comportamiento constituya una cuestión singularmente conflictiva para el desenvolvimiento de las fuerzas productivas en el país. Tal es, también, el secreto del enorme poder político de una clase que hoy ha vuelto por sus fueros en la Argentina <sup>1</sup>.

## ***2. La Acumulación de Capital Basada en el Poder Compartido***

El funcionamiento de la economía argentina y, con él, su modalidad específica de acumulación, responde - a grandes rasgos - a una secuencia que va de un momento coyuntural de devaluación y aumento de los precios relativos en la producción agropecuaria, a otro posterior, correspondiente a la fase expansiva del ciclo, en el que aumentan los precios relativos industriales y el nivel del salario real, hasta que el sector agropecuario - perjudicado por la relación interna de precios - precipita una crisis en el balance de pagos, que generalmente obliga a disponer una nueva devaluación y un traslado de ingresos hacia el campo.

Pero este movimiento no es sólo un resultado del desenvolvimiento de la economía capitalista a través de los ciclos de expansión y recesión, sino que el desenvolvimiento cíclico se combina con una modalidad histórica específica de acumulación de capital, cuyas raíces se encuentran en la división del frente burgués y en el poder compartido resultante de esa división.

A partir de la crisis de los años 30, el capitalismo agrario-terratente asociado al capital monopolista comercializador, financiero e industrial perdió su neto predominio sobre la sociedad argentina, y tuvo que compartirlo con otros sectores, entre

---

<sup>1</sup>El análisis de la renta diferencial en la Argentina, dentro de las características con la que ha sido desarrollada en este trabajo, se inspira en observaciones de Ernesto Laclau (h) "Modos de producción sistema económico y población excedente. Aproximación histórica a los casos argentino y chileno", en "Revista Latinoamericana de Sociología", 1969, y en el desarrollo teórico efectuada por Guillermo Flichman en "Renta del suelo y desarrollo agrario argentino" (Siglo XXI, inédito).

ellos la gran burguesía industrial nacional y extranjera y la mediana y pequeña burguesía, además de la clase obrera y el conjunto de los trabajadores, que vieron acrecentar substancialmente sus salarios reales en los últimos cuarenta años, al amparo de la industrialización y de la expansión del mercado interno. Fue durante los gobiernos peronistas cuando aquella alianza terrateniente-monopolista vio reducir más su cuota de poder político y económico. Pero, de cualquier manera, la pérdida de poder de ese sector nunca fue definitiva.

**Precisamente, la modalidad específica de acumulación de capital en la Argentina, que determina el movimiento de los precios y de la paridad cambiaria, se basa en la existencia de ese poder compartido, que periódicamente se inclina hacia los terratenientes y periódicamente se vuelca hacia el bloque industrial,** de tal manera que en estos últimos tramos emerge la presión de la clase obrera y de los trabajadores, absorbiendo una mayor parte del ingreso y ejerciendo una gran gravitación política.

Durante el ciclo expansivo, los ingresos se desplazan de los terratenientes pampeanos y sus aliados hacia la gran burguesía industrial y la agricultura del interior del país; en ese tramo, los trabajadores generalmente logran incrementar sus salarios.

Cuando la economía está en plena etapa expansiva, crece la influencia de otro sector, la mediana y pequeña burguesía industrial y la burguesía reformista. Entonces, casi invariablemente, se produce una alianza entre este último sector y los trabajadores, que lleva a adoptar un sesgo populista al gobierno existente, o - como sucedió en 1973 eleva a ese bloque al control político del Estado. El populismo no sólo reduce la renta diferencial de los terratenientes a través de los bajos precios agrícolas y del mantenimiento de una paridad deprimida, sino que llega a afectar la tasa de ganancia de la burguesía industrial.

La caída de la tasa de ganancia y la fuerte reducción de los precios agrarios provocan un reagrupamiento de las fuerzas sociales en la cúspide del poder económico. La gran burguesía industrial se vuelve hacia los terratenientes, aceptando una propuesta de gran devaluación monetaria, porque - en medio de una situación de alza de masas - sólo la devaluación puede lograr una drástica reducción de los salarios reales, que posibilite una recuperación de la tasa de ganancia. El reagrupamiento de la alta burguesía afecta a los pequeños y medianos empresarios, quienes - asustados por la inflación, reflejo de la agudización de la gran disputa sobre los ingresos existente en el seno de la sociedad optan por abandonar el frente populista o por ofrecer una transacción a la gran burguesía. En consecuencia, el frente populis-

ta se diluye y llega el momento de la restauración oligárquica, que iniciará un nuevo ciclo. Tal es, a grandes rasgos la dialéctica política-económica de las relaciones sociales argentinas <sup>2</sup>.

### **3. La Naturaleza de la Inflación y la Búsqueda de un Régimen Estable**

La recuperación de los ingresos agropecuarios que sigue al derrocamiento de la política populista y la devaluación en que ella se basa, preparan el terreno para un sostenido aumento de los precios. Después, cuando se agotan las consecuencias de la devaluación y sobreviene una etapa expansiva, el aumento de los precios relativos industriales y de los salarios origina una segunda corriente inflacionaria. **La peculiaridad de esa forma de acumulación, los sucesivos traslados de ingresos a la que ella da origen y el poder compartido que la sustentan explican la alta tasa inflacionaria que caracteriza a la Argentina.**

**La elevada inflación no es sólo el gran corrector del proceso de acumulación argentino,** basado en el poder compartido de diferentes sectores de la burguesía. **Es, a la vez, un motivo de desequilibrio social, un factor desestimulante de la inversión y un elemento que obstruye la fluída integración de la economía argentina al mercado mundial y al movimiento internacional de capitales.** Por eso cada uno de los sectores de la burguesía que periódicamente reúne en sus manos el control de la política económica, **trata de dar una solución definitiva al problema, buscando un modelo de acumulación alternativo que otorgue mayor estabilidad a los precios y a los tipos de cambio, pero que a la vez haga de esa fracción el vaso comunicante entre la economía nacional y el mercado mundial. Pero la modificación del esquema de acumulación compartido es una cuestión esencialmente política.** La fracción de la burguesía que se lo proponga deberá ejercer una indiscutida hegemonía dentro de su clase y, a la vez, en el conjunto de la sociedad.

La burguesía terrateniente y sus aliados cumplieron esa función hasta la crisis de los años 30. Después, ninguna fracción de la burguesía pudo asumir la plena hegemonía del poder y sobrevino una forma de acumulación basada en el poder compartido y en la rotación periódica, a influjos del propio movimiento cíclico capitalista y de las alternativas políticas.

---

<sup>2</sup>C. F. Díaz Alejandro ("Ensayos sobre la historia económica argentina", Amorrortu, Buenos Aires, 1975) relacionó la vinculación entre las exportaciones argentinas y el hecho de que dichos productos integran la canasta familiar de los trabajadores, así como las peculiaridades que esa circunstancia aporta al ciclo económico. Guillermo O'Donnell, por su parte está desarrollando una exhaustiva investigación sobre el carácter de los gobiernos autoritarios en América Latina, en una obra en preparación y en "Modernización y autoritarismo", Paidós, Buenos Aires, 1972.

En 1967, durante la presidencia del general Onganía y siendo Ministro de Economía Adalberto Krieger Vasena, el sector más concentrado de la alta burguesía industrial nacional y extranjera se propuso generar un reordenamiento del proceso de acumulación, destinado a darle estabilidad y a convertirlo, a la vez, en sostén de su propia hegemonía. La burguesía terrateniente se alzó contra el proyecto, que incluía un impuesto a la renta potencial de la tierra, y la pequeña y mediana burguesía industrial reformista se opuso a la concentración de capitales a la que esa política daba lugar. Finalmente, el proyecto terminó de naufragar con los levantamientos populares de 1969. Una vez más, ningún sector de la burguesía había conseguido hegemonizar sobre una base estable el frente burgués, e imponer su programa al conjunto de la sociedad. La vuelta a la forma de acumulación basada en el poder compartido terminó de deteriorar a los militares y preparó el terreno para la consulta electoral de 1973, en la que triunfó el populismo peronista.

Durante los gobiernos de Cárpora y de Perón, el Ministro de Economía de ambos, José Gelbard condujo una política destinada a estabilizar el proceso de acumulación sobre la base de la apropiación de una parte de la renta agraria y del aumento de las exportaciones, a partir de la implantación de la renta potencial y de la nacionalización parcial del comercio de exportación. Pero ese excedente no lo capitalizaría la gran burguesía industrial, como en el intento de Krieger Vasena, sino que se destinaría - a través del consumo y de los subsidios - a acrecentar el poder de acumulación de la pequeña y mediana burguesía industrial y de la burguesía reformista, no ligada a los circuitos de acumulación tradicionales. La exportación agropecuaria se complementaría con la exportación industrial creciente y la apertura de nuevos mercados en los países socialistas y en el Tercer Mundo. Cabe recordar que en 1974, las exportaciones argentinas - que se desarrollaron a un promedio de 1.800 millones de dólares anuales en el trienio comprendido entre 1970 y 1972 pasaron a un nivel de 4.000 millones de dólares, con una participación de 25 por ciento en productos no tradicionales y que, como consecuencia de esa política, Cuba llegó a ser el mayor cliente latinoamericano de la Argentina y la URSS mantiene todavía el rango de primer país comprador de productos argentinos. Como veremos, esa política fracasó por la recomposición de la alianza entre la gran burguesía terrateniente y la gran burguesía industrial, el poco entusiasmo que el "acuerdo social" inspiraba en las masas y la hostilidad de la burocracia sindical.

#### ***4. La Vuelta del Peronismo y su Inmediato Descomposición***

La gran crisis mundial de los años 30 deprimió los precios de los productos exportables argentinos. Entonces, la oligarquía terrateniente empezó a perder poder po-

lítico y económico, y muchos de sus miembros exploraron nuevas posibilidades de inversión en la industria, dando, de esa manera, un gran impulso a la expansión de las manufacturas.

La escasa población y el cultivo extensivo de los campos aceleraron la concentración urbana y la rápida formación de un proletariado que pronto alcanzó una enorme gravitación social y política. El vacío de la clase dirigente inició la intervención directa de los militares en el gobierno y, al cabo de más de una década, surgió el peronismo como la única fuerza civil que había alcanzado el apoyo popular suficiente como para reorganizar la sociedad de acuerdo a los nuevos requerimientos. La renta agraria detuvo su crecimiento por la situación del mercado internacional, pero aun así, los terratenientes tuvieron que ceder una parte cada vez más considerable de ella. La disminución y el mayor reparto de la renta agraria también afectó a los viejos socios imperialistas del comercio de intermediación y de los servicios, muchos de los cuales se prepararon para traspasar sus inversiones, como sucedió con los ferrocarriles británicos y franceses. Una parte considerable de la renta agraria contribuyó a expandir el mercado interno, permitió el surgimiento de nuevos sectores de la burguesía no vinculados a la vieja oligarquía y dio lugar a una política de redistribución de ingresos y de conquistas sociales. Gracias a esas enormes concesiones, el populismo peronista pudo reestructurar al estado burgués.

Así como la crisis agraria y el desgajamiento del mercado mundial habían eclipsado de la escena política a los terratenientes, más de veinte años después, en 1955, **la plena reconstitución del mercado mundial capitalista y la crisis de la expansión industrial basada en la acumulación interna precipitaron la caída del peronismo.**

Por ese entonces, los obreros todavía no tenían una estrategia propia, sino una dirección burguesa desalojada del poder, dividida y desorientada. Pero ni los terratenientes, ni los nuevos industriales, ni los teóricos desarrollistas que propiciaban la formación de una burguesía industrial directamente ligada al capital monopolista, tenían la suficiente base política para ofrecer una alternativa.

Después de 1955, el poder volvió periódicamente a los militares, que siempre trataban de dismantelar a medias los restos del populismo, sin alcanzar a retornar al viejo esquema terrateniente ni a ofrecer otro nuevo. Para volver al pasado, se hubiera necesitado aplastar la potencial resistencia social y desarticular completamente el sistema económico. No había fuerza ni consenso suficiente para hacerlo, y la propia burguesía tampoco podía ofrecer un frente unificado.

Desde 1955 hasta 1973, el poder económico osciló entre un tímido retorno a los viejos moldes de la década del 30 y sucesivas y no menos tímidas aproximaciones al populismo. Ninguna de las clases sociales extremas tenía capacidad para definir en su favor la cuestión del poder y la reorganización del Estado. Por eso la política llegó a ser una especie de tierra de nadie en la cual tanto los trabajadores como la gran burguesía tenían que ser representados por partidos y organizaciones pequeño-burguesas, que no respondían a sus intereses últimos, en el caso de los trabajadores, y que no terminaban de avenirse a sus exigencias, en el caso de la oligarquía y del capital monopolista.

Encorsetado en esa indefinición, el capital fue abandonando la inversión productiva y empezó a refugiarse cada vez en mayor medida en la especulación. Pero no era un problema de "elegir" el "modelo": simplemente, se había llegado al límite y estaba planteada la cuestión de dirimir el problema de la hegemonía del poder. Acorralados por la ola de ascenso político de las masas, los militares abandonaron el gobierno y esperaron pacientemente a que el peronismo, en su regreso al poder, hiciera lo que ellos no habían podido hacer antes de 1973, o se desintegrara en una lucha sin cuartel entre sus propias fracciones. Esto último fue lo que pasó, pero en el interín despuntó una audaz ofensiva de la fracción más reformista de la burguesía, que se estrelló ante la irrecuperable decadencia del movimiento populista en la que se había montado, en medio de la incomprensión de la izquierda y de la oposición suicida de los sindicalistas.

El Ministro de Economía de Perón, José Gelbard, fue el artífice de esa política. Gelbard se dio cuenta de que el peronismo no podía volver al ciclo de acumulación basado en el mercado interno, que había caracterizado a las dos primeras presidencias de Perón. También, contra el desarrollismo, desechó la posibilidad de abrir las puertas a las empresas trasnacionales. Su estrategia consistió, en síntesis, en alimentar la acumulación interna utilizando el raro privilegio de contar con una burguesía agraria capaz de ofrecer una producción competitiva en el mercado mundial. Todo lo que había que hacer era obligarla a duplicar o a triplicar su producción, mediante la elevación forzada de los rendimientos por hectárea, a través de un impuesto a la renta potencial, es decir, un impuesto medido sobre la base de un alto rendimiento teórico, y no una imposición a la renta efectiva, obtenida con un bajo rendimiento por hectárea.

La política de ingresos - precios y salarios -, el sistema impositivo, el régimen de crédito y la nacionalización parcial del comercio exterior tenían el propósito de captar una gran parte de la renta diferencial agrícola a escala mundial, acrecentada



por el aumento de los precios de las materias primas en el mercado internacional y por el previsto incremento de las exportaciones, para volcarlo a la nueva modalidad de acumulación interna, que estaba apuntalada, además, por la expansión del comercio con los países socialistas.

El proyecto de Gelbard y de Perón era irrealizable en medio del caos político en que se debatía la Argentina de 1974. Se necesitaba un gran consenso social para lanzarse a una modificación de tal magnitud en el esquema de acumulación, sobre todo porque - si resultaba exitoso hubiera convertido a la vieja burguesía terrateniente en una moderna burguesía agraria con menos prerrogativas y con menos renta diferencial, lo que implicaba reestructurar completamente el estado burgués. No obstante, encarar esa reforma sin una alianza con el capital monopolista, y sobre la base de un "acuerdo social" que mantenía altos los salarios reales, significaba forzar una caída en la tasa media de ganancia y paralizar la inversión productiva de la gran burguesía. Ese peligro tendría que haber sido contrarrestado con una gran expansión del capitalismo de Estado y de la inversión pública productiva, propósito que la burguesía reformista trataba de eludir. Aun así, para impulsar el nuevo régimen se necesitaba aumentar rápidamente las exportaciones, un objetivo que no se podía conseguir sin poner en marcha la imposición sobre la renta. De esa manera, la política de Gelbard quedó atrapada en un círculo cerrado. La caída de las ganancias y el temor de que los beneficios del asalto sobre la vieja burguesía terrateniente quedaran en manos de la difusa alianza entre el ala más reformista de la burguesía y el conjunto de los asalariados, sumamente permeable a la presión de las masas, aglutinó a la mayor parte de la gran burguesía nacional y extranjera, que cerró filas junto a los terratenientes, preparando las condiciones para el futuro golpe de Estado.

Gelbard tuvo que renunciar en octubre de 1974. Perón había muerto tres meses y medio antes. El proyecto ya no contaba con ninguna base política de sustentación y su perspectiva futura se quebraba en medio de la implacable dialéctica social en movimiento. La estrategia de Gelbard estaba inspirada por Perón, y éste así lo había reconocido en todas las oportunidades que se le presentaron. Perón había tenido un gran ascendiente sobre las masas, pero esta vez, a diferencia de lo que había sucedido veinte años atrás, no sólo debía buscar un equilibrio entre las clases extremas para mantener la vigencia del sistema a través de un cambio de régimen; en 1974, Perón tenía que lograr un equilibrio aun más difícil dentro de su propio movimiento. Desde 1955, la clase obrera había pasado del deslumbramiento místico por el líder, a un difuso sentimiento anticapitalista y a una creciente conciencia sobre la miseria del estado burgués, desarrollada a través de su rica experiencia sin-

dical y del contacto con nuevas corrientes de izquierda, entre ellas la izquierda del propio peronismo.

Cuando Perón pisó la Argentina se lanzó a aplastar al ala izquierda de su movimiento con el doble propósito de preservar al sistema y de modificar al régimen según su propio proyecto. Como la desautorización a la izquierda no bastó, Perón no vaciló en lanzar a la derecha contra ella, asegurándole la sucesión del movimiento a través de Isabel y de López Rega, y convirtiéndose él mismo en un testigo defraudado del desenlace previsible. Sin ninguna convicción, intentó embarcar en su proyecto a los sindicalistas y a la partidocracia liberal. Los primeros se limitaron a defender celosamente sus prerrogativas inmediatas y los segundos repitieron el triste papel de impotentes testigos del desmoronamiento de los últimos vestigios democráticos.

Todas las fracciones fueron abandonando, una a una, su pequeña o considerable cuota de poder, preparando el escenario para la llegada de los militares. Primero le tocó el turno a la izquierda del movimiento. Después llegó la derecha, que abonó minuciosamente el terreno para el golpe, con la complicidad de la partidocracia liberal. El alejamiento de Gelbard terminó de hundir el proyecto económico de la burguesía reformista y abrió el camino para el retorno, a la conducción económica, de los terratenientes y de los capitanes de empresa <sup>3</sup>.

### **5. El Primer Acto de la Restauración: el Gobierno de Isabel**

Un peronista de la "primera hora", Alfredo Gómez Morales, que contaba con simpatías en la partidocracia liberal, fue el encargado de liquidar el régimen de administración de precios, manteniendo sus formalidades. Los precios subieron descontroladamente, se desalentaron las exportaciones y no se hizo nada para frenar la ola de importaciones especulativas, en previsión de una próxima e inevitable depreciación de la moneda. En realidad, esta política tendió premeditadamente a desequilibrar el balance de pagos para imponer medidas de "estabilización" que permitieran deprimir el salario real. El tipo de cambio fue mantenido sin variaciones hasta marzo de 1975, con el propósito evidente - en medio de la escalada de los precios - de generar una gran demanda de dólares en el "mercado libre" paralelo, capaz de justificar posteriores devaluaciones.

---

<sup>3</sup>Sobre la crisis política argentina y la representación de las clases, ver Juan Carlos Portantiero, "Clases dominantes y crisis política", Pasado y Presente, Córdoba, año IV N° 1, 1973.

Pero Gómez Morales tampoco tenía apoyo en el gobierno de Isabel Perón. El Estado había quedado en manos del "clan" Isabel-López Rega, quienes trataron de constituirse en un consejo administrador de los intereses de la gran burguesía nacional y del capital imperialista, manteniendo sus propias prerrogativas mediante el manejo gangsteril del aparato del Estado y recurriendo a una política represiva basada en métodos fascistas. A su turno, dejaron caer del ministerio a Gómez Morales, que representaba una vía de acceso a la partidocracia liberal, y el "clan" asumió también el control de la política económica, con lo que reunió en sus manos una enorme cuota de poder.

A Gómez Morales le sucedió, en junio de 1975, Celestino Rodrigo, lugarteniente de López Rega, que llevó a un punto culminante el caos de los precios y de los tipos de cambio. Rodrigo barrió con los últimos controles de precios y lanzó dos grandes devaluaciones. Agotadas las divisas, se desató una implacable especulación con el dólar, que llegó a duplicar su precio en pocos meses. La política de Rodrigo representaba, indudablemente, el socavamiento más intenso que se podía haber fraguado a la estrategia de Gelbard y de Perón. Entretanto, la inflación se descargaba con peculiar intensidad sobre los trabajadores.

La burocracia sindical no tardó en advertir el peligro. Para combatir al ala izquierda del peronismo y a la burguesía reformista, que amenazaban su posición dominante en el movimiento, los sindicalistas se habían plegado a la ofensiva derechista emprendida por Perón y profundizada por Isabel. Pero tardíamente advirtieron que el ala derecha del movimiento iba a capitalizar para ella su avance sobre la izquierda y la burguesía reformista. Era evidente que, en su camino hacia el pleno control del poder, tendría que volverse también contra la burocracia sindical, quien - para subsistir ante las bases - tenía que enfrentar a la derecha por el problema de los salarios. Apoyándose en una ola de disconformidad popular contra la derecha, los sindicalistas obtuvieron nuevos ajustes en los salarios que sólo sirvieron para acelerar la espiral inflacionaria. En la lucha, consiguieron abatir a López Rega y a Rodrigo, que a esa altura contaban con la plena adhesión de los que, nueve meses más tarde, apoyarían fervientemente el golpe militar.

Dentro del peronismo, Isabel quedó sola. Liquidada el ala militar que había apoyado su política, no tuvo más remedio que contrapesar a las fuerzas armadas con los sindicatos. El resultado de esa nueva relación de fuerzas fue la designación de un nuevo Ministro de Economía, Antonio Cafiero, que trató de frenar el desbarrancamiento de los salarios y de volver al control de precios.

Desde el alejamiento de Gelbard, los terratenientes y el capital monopolista habían conseguido quebrar el control de precios, iniciando una ofensiva de aumentos continuados, que contaba con la complicidad del Estado y que periódicamente chocaba con la resistencia de los trabajadores y de sus sindicatos. Pero los trabajadores vencieron a Rodrigo y a López Rega. Entonces, para la derecha, quedó en claro que había que llevar la desarticulación económica y el caos al máximo nivel y, después, asestar un golpe definitivo contra los restos del peronismo, los derechos democráticos, y sobre todo, dismantelar y paralizar a los sindicatos, para evitar cualquier reacción ulterior. De otra manera no se hubiera podido estabilizar la nueva relación de fuerzas que surgiría del renovado aumento de los precios y de la depreciación de la moneda, y que requería fundamentalmente la reducción de los salarios.

En vísperas del golpe culminó el caos económico. Se volvió a repetir la escalada de los precios de la época de Rodrigo, pero las expectativas inflacionarias fueron reforzadas con una continua corriente de compra venta de dólares, orientada con el propósito de depreciar a la moneda nacional en el mercado negro de divisas. La cotización del dólar negro ejerció, a su vez, una renovada presión alcista sobre los precios; los aumentos obligaban a corregir la paridad oficial, que - a su turno - volvía a repercutir sobre el mercado negro.

Los economistas liberales y el academicismo, cómplices de los terratenientes y del capital monopolista, interpretan a la inflación como un proceso poco menos que inexplicable, al margen de las clases sociales. Pero, en realidad, pocas veces como en las vísperas del golpe militar en la Argentina quedó evidenciada la inflación como terreno de la lucha de clases y como un arma, en esa lucha, de las clases dueñas del poder económico y del aparato del Estado.

El mercado "libre" de divisas es un eufemismo. Se trata, en realidad, de un mercado oligopólico de escasa dimensión en el que se pueden alterar fácilmente los precios con una oferta concertada de moneda y de divisas. Para hacerlo, sólo se requiere la impotencia o la complicidad del Estado y de las autoridades monetarias. El vacío político, el caos de los precios y el drenaje de las divisas constituían el terreno ideal para elevar los precios del mercado negro a través de la oferta concertada y arrastrando a la vorágine especuladora a los pequeños ahorristas, con el propósito ulterior de obligar a la elevación de la paridad oficial y desatar nuevos aumentos en los precios. La maniobra fue ejecutada con tanta intensidad que ya ni se podía pensar en una escalada compensatoria de los salarios. Entonces en medio del caos, sobrevino el segundo acto: el golpe militar para restaurar el orden.

## 6. *El Segundo Acto de la Restauración: el Gobierno Militar*

En 1974, los ingresos de los trabajadores asalariados representaban poco más del 40 por ciento del ingreso nacional. En la actualidad, esa proporción se redujo al 20 por ciento. Ese dato ilustra con singular nitidez la filosofía del golpe militar y sintetiza el programa que - en un primer momento - alineó a la mayor parte de la burguesía con el Ministro de Economía de la junta militar: José Alfredo Martínez de Hoz, perteneciente a una familia de terratenientes de la pampa húmeda y ejecutivo de grandes empresas industriales vinculadas al capital monopolista norteamericano.

La política económica del gobierno militar ha seguido dos líneas de acción fundamentales: en primer lugar, incrementar notablemente la tasa de ganancia de las empresas, a costa de la reducción del salario real, y en segundo lugar, hacer que una gran parte de ese excedente se vuelque hacia los terratenientes pampeanos y las empresas monopolistas comercializadoras de la producción agrícola. El primer objetivo fue, en un primer momento, común a todos los sectores de la burguesía. En cambio, el pleno cumplimiento del segundo objetivo está sujeto a una gran discusión en las propias filas de la burguesía.

Si recordamos la modalidad de la dinámica de acumulación de la economía argentina, comprenderemos que la fase actual se caracteriza por un aumento de los ingresos agropecuarios. Pero lo que diferencia la presente situación de otras similares vividas en el pasado, es la enorme magnitud de la transferencia de ingresos hacia la economía agropecuaria, lo que hace pensar que el objetivo es **modificar el patrón de acumulación característica de los últimos veinte años (los ciclos alternados entre la agricultura y la industria, sinónimo de un poder compartido), por un esquema de neto predominio de los terratenientes pampeanos y de sus aliados naturales, las grandes empresas comercializadoras de cereales y las industrias de exportación que procesan las materias primas agropecuarias** (los frigoríficos, entre ellas).

El primer paso para posibilitar el cambio en la modalidad de acumulación consistió, como ya vimos, en dislocar los precios y los ingresos relativos de los distintos sectores, lo que se obtuvo fundamentalmente a través de un brusco cambio en la paridad de las divisas. Entre octubre de 1974 y marzo de 1976, el precio del dólar en el mercado "libre" paralelo pasó de 20 a 350 pesos, para quedar estabilizado posteriormente entre 250 y 280 pesos. Este descomunal cambio en el valor externo de la moneda, sin duda inducido por la especulación orientada de los sectores económicos que estaban atrás del golpe de estado, desbarató todas las relaciones internas

de precios y paralizó la inversión, dejando abierto el camino para un posterior reordenamiento integral del sistema. El gobierno de Isabel Perón y de López Rega, con sus ministros Gómez Morales y Celestino Rodrigo, constituyeron el instrumento ideal para la orquestación del caos. **El reordenamiento actual, destinado a instaurar un nuevo orden económico, sólo puede implantarse paralizando la lógica reacción social que seguiría al desbarajuste anterior,** donde cada sector, entre ellos los asalariados, tratarían - por lo menos - de recuperar las posiciones perdidas. Por eso, **el nuevo orden económico sólo puede afirmarse si bloquea, mediante la represión, cualquier intento de volver a la distribución de ingresos del pasado. Esa es la misión del gobierno surgido del golpe militar.**

El reordenamiento económico encarado por los militares tiene una proyección insospechada. Ellos no vinieron, como en el pasado, a ajustar algún aspecto peligroso de la difícil mecánica económica y social argentina, sino a modificar substancialmente el régimen, para darle una orientación más definida al sistema capitalista.

Las contradicciones generadas por la modalidad peculiar del proceso de acumulación argentino, en condiciones de un gran desarrollo político y de una creciente gravitación social de la clase obrera, habían tornado muy vulnerable al sistema capitalista. En consecuencia, la fracción burguesa que alcanzó el pleno control de la política económica a través del golpe militar tratará por todos los medios de reordenar el sistema económico, estabilizando el circuito de inversión y asegurando su hegemonía sobre las demás fracciones de la burguesía y sobre el conjunto de la sociedad. Para lograrlo, ha capitalizado y orientado el brutal desplazamiento de ingresos producido con el actual proceso inflacionario, y ahora trata de afianzar y fortalecer la modalidad de acumulación de allí surgida con una completa modificación en la política cambiaria, crediticia, industrial, laboral e impositiva.

Pero la suerte del nuevo modelo de acumulación depende tanto del consenso interno, aun en las filas de la burguesía, como de las condiciones imperantes en el mercado mundial. Lo más conflictivo parece ser, a corto plazo, lo primero.

### **7. Las Perspectivas Económicas**

La nueva modalidad de acumulación se basa en la expansión de un bloque integrado por el capitalismo terrateniente y el sector del capital monopolista intermediario - nacional y extranjero a él ligado, más la gran burguesía industrial suministradora de insumos agropecuarios o directamente vinculada al procesamiento de las materias primas agropecuarias exportables, y los correspondientes circuitos financieros.

Esa expansión no se logrará a partir de la modificación del régimen de acumulación terrateniente. Vale decir que no se tomará ninguna medida que obligue a los terratenientes a aumentar la productividad por hectárea o que los induzca a practicar el cultivo intensivo, con alto aporte de capital. La economía terrateniente contará en lo sucesivo con el pleno usufructo de la renta diferencial a escala internacional, a través de un sistema de altos precios internos y de un tratamiento cambiario, crediticio e impositivo favorable.

El incremento de la producción, por consiguiente, llegará justo hasta el límite tolerado por la modalidad de acumulación basada en el cultivo extensivo, que es el que produce mayores beneficios a los terratenientes. Cualquier variación en el esquema tendrá que ser compensada con precios internos más altos, es decir, con nuevos traspasos de ingresos que empobrecerán necesariamente a los otros sectores, salvo a los ligados directamente con el crecimiento agropecuario. Las otras ramas de la industria tendrán que adaptarse a la nueva modalidad del mercado, que - con el nuevo nivel de salarios - se caracterizará por un consumo interno menor, más selectivo y diferenciado. Por otra parte, el turno de la expansión en esas ramas llegará cuando la economía terrateniente haya asimilado los beneficios del nuevo sistema de acumulación y la demanda originaria de este sector genere una demanda adicional en los otros. No hay duda de que esta alternativa implica una nueva perspectiva para la industria. ¿La aceptará plenamente la gran burguesía industrial? La respuesta a esta pregunta es clave para el futuro del gobierno militar y de la actual política económica.

La aceptación de la gran burguesía industrial monopolista no ligada directamente a la modalidad de acumulación terrateniente dependerá de las posibilidades de acumulación interna que se le ofrezcan o del desarrollo de ciertas industrias de exportación. La reanimación del circuito de acumulación interna podría tener su origen en un importante incremento de la exportación agropecuaria, pero no sólo en los volúmenes, necesariamente limitados por la modalidad de acumulación terrateniente, sino por la elevación de los precios internacionales. Además, sólo con precios internacionales muy altos los terratenientes incrementarán en alguna medida la producción por hectárea o se lanzarán decididamente a la expansión de la frontera agropecuaria. El aumento sustancial del valor de la producción exportable podría permitir un nivel de salarios más altos, a pesar del mayor precio de los alimentos, y la gran industria conseguiría obtener una base más amplia para su desarrollo. Dicha alternativa supone, en el área industrial, una gran concentración de capitales con liquidación de gran parte de la pequeña y mediana empresa.

Otra alternativa podría ser el desarrollo de ciertas industrias de exportación, que se sumarían a la exportación agropecuaria. Esta posibilidad podría darse si la combinación de los bajos niveles actuales de salarios con la buena calificación de la mano de obra argentina se convirtiera en una gran atracción para los capitales extranjeros. En ese caso, la vía argentina de desarrollo combinaría la de la exportación agropecuaria terrateniente con algo parecido al "modelo" brasileño. Sería el "modelo" brasileño con un sector autónomo de exportación controlado por una fracción de la burguesía nacional (la terrateniente), que ejercería - por lo menos inicialmente el predominio de la combinación.

Pero no hay que descartar la posibilidad de que la gran burguesía industrial y el mismo capital extranjero se sientan atraídos por la perspectiva de alentar un crecimiento de la actividad agropecuaria a través de la reedición del impuesto a la renta potencial. En esa alternativa, la Argentina volvería a desarrollar nuevas bases favorables para la acumulación interna y la expansión industrial. La presión de la gran burguesía industrial sobre la burguesía terrateniente para que esta última modifique sus pautas de acumulación podría deberse no sólo a sus propios requerimientos, sino también a la presión social que seguirá permaneciendo latente en una sociedad altamente politizada, donde la clase obrera ejerce una gran influencia y en la que el salario real ha sufrido un gran deterioro.

La suerte de estas alternativas dependerá del resultado de la confrontación política, social y económica interna y, en gran medida, de la futura conformación del mercado mundial de alimentos. En el mediano y largo plazo, las perspectivas internacionales son buenas para la burguesía terrateniente, porque la actual reducción de las reservas mundiales de alimentos y la próxima finalización de la etapa de liquidación de vientres en Europa generará una renovada demanda de productos agropecuarios, que se mantendrá en los años siguientes por el previsto aumento de la población mundial y - además - por el crecimiento estimado de los costos de producción de carne en Estados Unidos y Europa Occidental. Estas perspectivas plantean la posibilidad de contar no sólo con precios altos, sino también con un verdadero reordenamiento del mercado mundial de alimentos, que resultará altamente favorable para la gran burguesía terrateniente pampeana.

El reordenamiento del mercado mundial de alimentos podría producirse en los próximos años. Estados Unidos parece alentar un proceso de esa naturaleza, que afianzaría la posición de los grandes productores mundiales agropecuarios y del capital monopolista de intermediación, controlado por empresas norteamericanas, mediante un aumento de precios que tendría vastas repercusiones políticas. Así



como existió un reordenamiento completo del mercado mundial del petróleo, que se tradujo en un mayor desplazamiento de la crisis del mundo desarrollado hacia Europa y los países periféricos no productores de petróleo, puede haber un aumento general de precios para los alimentos, capaz de convertirse en un instrumento de presión política sobre el Tercer Mundo y los países socialistas, que provocaría un traslado de las consecuencias de la próxima coyuntura recesiva mundial hacia esos países y hacia Europa Occidental. La burguesía terrateniente pampeana podría asociarse en esa empresa y afianzar substancialmente su gravitación económica y política en la sociedad argentina.

De cualquier manera, el balance realizado nos permite señalar que si bien es cierto que la política económica argentina ha tomado un rumbo similar a la que prevalece en el Cono Sur de América Latina, la experiencia argentina no puede asimilarse mecánicamente a la de Chile o a la de Brasil, aunque los métodos puestos en práctica resulten similares. En Brasil afloran todas las contradicciones y las limitaciones de un régimen de acumulación basado en la combinación de la inversión extranjera con la utilización de mano de obra barata; en Chile hay una restauración de la gran burguesía nacional e imperialista, sin ninguna perspectiva futura.

En la Argentina, la clase que hegemoniza la actual política económica tiene ventajas indiscutibles en el mercado mundial de alimentos. Para aprovecharlas manteniendo sus actuales características de clase deberá completar su hegemonía sobre el frente burgués y sobre el conjunto de la sociedad, sin que la regresividad de la modalidad de acumulación impuesta la coloque frente a una verdadera conmoción social o a una ruptura frontal con un amplio sector de la gran burguesía nacional y extranjera. Como ya hemos señalado, este bloque de la gran burguesía industrial podría sentirse inducido a apoyarse en la gran disconformidad social existente para impulsar una alternativa económica que la lleve a capitalizar en su favor la gran potencialidad productiva de la burguesía terrateniente. De esta manera, el porvenir de la política económica - y con ella, uno de los objetivos fundamentales del actual régimen militar - se definirá exclusivamente en la arena de la lucha de clases y de la evolución de la crisis mundial capitalista.

### **Referencias**

- \*Laclau, Ernesto Jr., REVISTA LATINOAMERICANA DE SOCIOLOGIA. - 1969; Modos de producción sistema económico y población excedente. Aproximación histórica a los casos argentino y chileno.
- \*Flichman, Guillermo, RENTA DEL SUELO Y DESARROLLO AGRARIO ARGENTINO. - Siglo XXI; El desarrollo teórico efectuada.

- \*Díaz-Alejandro, C. F., AMORRORTU. - Buenos Aires, Argentina. 1975; Ensayos sobre la historia económica argentina.
- \*O'Donnell, Guillermo, MODERNIZACION Y AUTORITARISMO. - Buenos Aires, Argentina, Poidós. 1972; El carácter de los gobiernos autoritarios en América Latina.
- \*Portantiero, Juan Carlos, CLASES DOMINANTES Y CRISIS POLITICA. IV, 1 - Córdoba, Argentina, Pasado y Presente. 1973; Sobre la crisis política argentina y la representación de las clases.